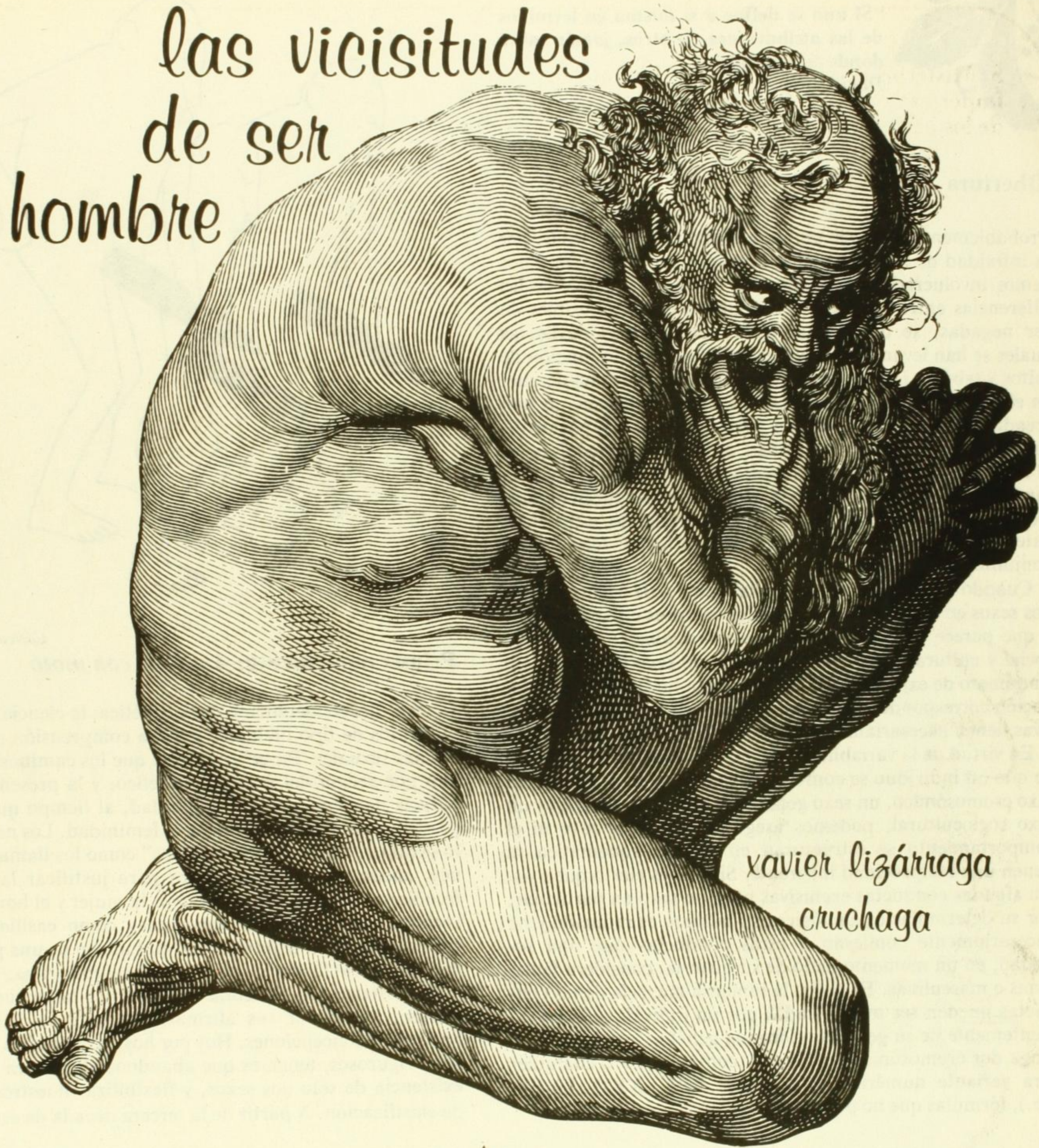


las vicisitudes  
de ser  
hombre



xavier lizárraga  
cruchaga

Los hombres son criaturas muy raras: la mitad censura lo que ellos practican, la otra mitad practica



“Si uno se define a sí mismo en términos de las atribuciones de otros, jamás sabrá dónde está parado”.

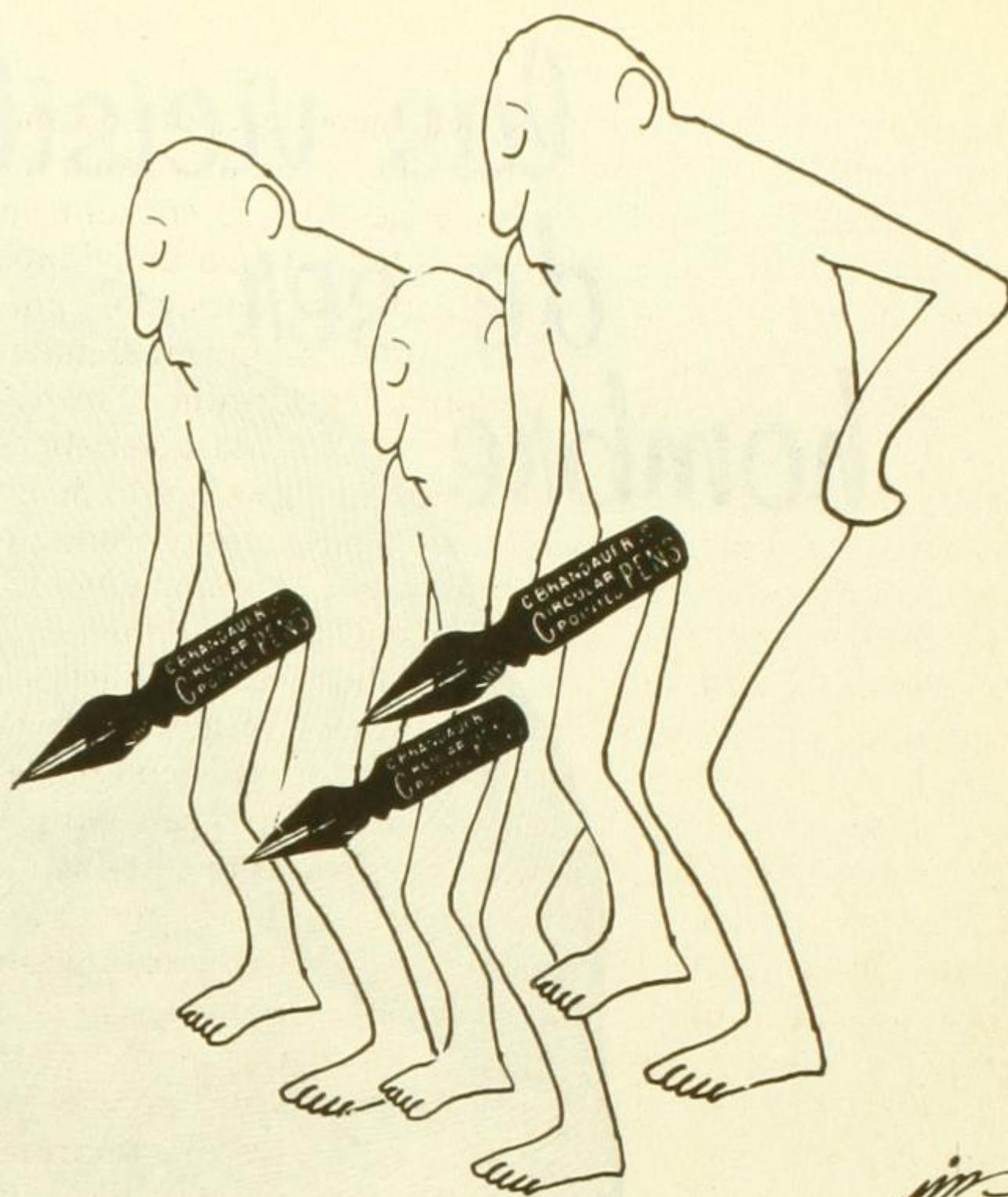
David Cooper

## Obertura

Probablemente no existe un tema más difícil de abordar, por la infinidad de factores que entran en juego y por cómo nos vemos involucrados vivencialmente al hacerlo, que el de las diferencias entre los sexos. Tales diferencias, imposibles de ser negadas, se contemplan como plataformas desde las cuales se han levantado innumerables falacias, en función de mitos y tabúes. Difícilmente podemos negar el hecho de que, en el seno de las muy distintas sociedades humanas, se han creado concepciones, actitudes y expectativas que obstaculizan el conocimiento de la realidad, al imprimir modalidades al hecho de *ser mujer* y de *ser hombre*. No olvidemos que una inmensa mayoría de tales concepciones se estructuran en función de una bipolaridad de lo existente, anulando, a través de categorías y clasificaciones, la matización que relativiza al conjunto de las diferencias.

Cuando un individuo nace, socialmente se le asigna uno de dos sexos en función de los genitales externos que presenta... o que parece presentar: *femenino* o *masculino*. También social y culturalmente, tal asignación de sexo determina un sinnúmero de expectativas. Sin embargo, no siempre tal asignación corresponde a una realidad biológica ni tales expectativas tienen necesariamente que cumplirse.

En virtud de la variabilidad del comportamiento humano y de que un individuo se conforma sexualmente a través de un sexo cromosómico, un sexo gonadal, un sexo psicológico y un sexo sociocultural, podemos asegurar que ni el sexo ni el comportamiento se estructuran en forma esquemática ni tienen una reciprocidad inherente. Si bien es cierto que existen algunas conductas exclusivas para un sexo en particular, por su determinación biológica, su número es reducido y no necesariamente conllevan a otras conductas que una sociedad, en un momento dado de su historia, considera femeninas o masculinas. Es decir, la inmensa mayoría de las conductas pueden ser manifestadas por un individuo, independientemente de su genotipo (fórmula genética), sea que contenga dos cromosomas sexuales X, contenga XY o cualquier otra variante numérica (XO, XXX, XYY, XXY, XXYY, etc.), fórmulas que no por escasas deben ser olvidadas.



Caricatura de Rius

## Primer movimiento: Andante con moto

A partir del conocimiento de la genética, la ciencia ofreció argumentos de tipo biológico para la comprensión de las diferencias sexuales. Parecía evidente que los caminos se separaban por acción del material genético, y la presencia de XY parecía determinar la masculinidad, al tiempo que la doble presencia de X conducía hacia la feminidad. Los nativistas de lo sexual o “chauvinistas sexuales” como los llama John Money, encontraban fundamentos para justificar la sentencia freudiana de *anatomía es destino*: la mujer y el hombre, convertidos en membretes, concebidos como casilleros inmutables, quedaban definidos sólo en función de una potencialidad biológica: la *complementaridad reproductiva*.

No obstante, el conocimiento científico tiene que reestructurarse, cuestionar sus afirmaciones ante las evidencias y replantear concepciones. Hoy por hoy, si queremos ser objetivos y rigurosos, tenemos que abandonar la clásica idea de la existencia de sólo dos sexos, y flexibilizar nuestros sistemas de clasificación. A partir de la tercera década de este siglo, la

lo que ellos censuran; el resto siempre hace y dice lo que debe. *Franklin.*





investigación, en el propio campo de la genética, pone de manifiesto que no hay sólo dos sexos... que existe una gama inmensa de posibilidades, como los grises que se encuentran entre lo blanco y lo negro. Al tener ante la vista a individuos con genotipos diferentes y comprender las razones y los cambios producidos por una falta, aumento o cambio en el material cromosómico sexual, se redefine el término "sexo", explicándolo como la suma de aquellas características biológicas que colocan a los individuos en algún punto de un *continuum* que, como extremos, tiene a dos seres reproductivamente complementarios. Sin embargo, la complementación sexual no es el único factor necesario para determinar diferenciación sexual, ni debe ser la base de un juicio de "normalidad" (término ambiguo y peligroso). En el centro de dicho *continuum*, podemos ubicar a aquellos que comparten características sexuales de uno y otro extremo o se conjugan en una forma nueva: la presencia de un *ovoteste* como gónada; los hermafroditas verdaderos. Antes de los extremos y a izquierda y derecha del centro encontraremos al resto de los individuos que, por una infinidad de razones (biológicas, psicológicas o socioculturales) no son reproductivamente complementarios: un o una pseudohermafrodita, un niño recién nacido, una niña de dos años, una mujer con síndrome de Turner, un hombre andropáusico, una mujer menopáusica, un eunuco, etcétera.

Esta nueva visión de lo que es el sexo nos obliga a transformar profundamente otras muchas concepciones, que se apoyan en un determinismo de la bipolaridad biológica del sexo, concebido como exclusivamente reproductivo.

La distancia entre un individuo de sexo masculino y uno de sexo femenino, aún y cuando sean reproductivamente complementarios, tampoco es tan inmensa como socialmente se ha querido ver desde una perspectiva patriarcal valorativa. De hecho, durante las seis primeras semanas de gestación el camino embriológico es igual para todos los individuos. Más aún, podríamos decir que ser de sexo masculino es sumamente difícil, ya que una mujer embarazada, con menos de seis semanas, lleva en el útero, en el ciento por ciento de los casos, un proyecto de vida puramente femenino: se gesta un ser del mismo sexo que la madre. Alrededor de dicha sexta semana comienza la diferenciación, siguiendo el camino ya iniciado hacia una mujer, si sus cromosomas así lo codifican, o cambiando de rumbo hacia otras manifestaciones fenotípicas posteriores. El gene (unidad hereditaria) codificador del antígeno Hy, si está presente con el cromosoma Y en el genotipo del huevo fecundado, inicia la obertura hacia la diferenciación masculina. En caso de estar ausente, aunque el cro-



mosoma Y (mutado) pueda aparecer, nada cambia de rumbo y se enfoca todo el proceso hacia la configuración femenina del producto.

La sinfonía, sin embargo, no concluye en ese momento, si el genotipo se expresa como XY no mutado, otras muchas sustancias y procesos tendrán que inscribirse en el desarrollo del concierto para que, a los nueve meses de gestación en términos generales—, pueda alguien asignarle un sexo social masculino al recién nacido.

Al activarse el gene codificador del antígeno Hy se abre la posibilidad de acción a la testosterona. Ahora bien, la presencia de la testosterona resulta insuficiente para avanzar por la bifurcación hacia el sexo masculino. Para que pueda ejecutar su papel, según la partitura, se requiere de la presencia de una proteína citosólica nuclear receptora de andrógenos, que sólo se presenta en función de un gene localizado en el cromosoma femenino (X) del genotipo masculino (XY): más que nacer Eva de una costilla de Adán, es Adán quien nace del vientre de Eva y por acción de material que la propia Eva le proporciona en el cromosoma X que le ofrece con el óvulo.

Hasta lo que hoy sabemos, el papel de los cromosomas termina después de esos acordes, habiendo ordenado a las estructuras germinales que se proliferen, que desarrollen estructuras tubulares y que se convierten en testículos. Si X y Y no han participado conjuntamente se produce un aborto (ante la ausencia de X) o el concierto sigue el programa inicial hacia otra Eva (ausencia o inactividad de Y).

Los solistas para la diferenciación global de los sexos son, a partir de este momento, las hormonas en función del colesterol presente: la progestina (conocida como *hormona del embarazo*), los andrógenos (*hormonas masculinas*) y los estrógenos (*hormonas femeninas*) principalmente. Sin embargo, los nombres cotidianos de "hormonas del embarazo, masculinas y femeninas" son fuente de posibles equívocos, dado que, independientemente del fenotipo final, siempre se encuentran circulantes distintas cantidades de cada hormona en todo ser humano. La diferencia sexual no implica una presencia o ausencia, sino diferencia cuantitativa y de activación dentro de ciertos límites. La cantidad producida o que podemos encontrar en un individuo varía entre los sexos, entre los individuos de un mismo sexo y aún en un mismo individuo.

Ahora bien, las alteraciones en estas cantidades, más allá del rango de variabilidad específico de los sexos reproductivamente complementarios, puede ser fuente de importantes diferencias, fundamentalmente biológicas, que explican algunos de los puntos considerados en el *continuum* sexo. No podemos negar que es a partir de la actividad hormonal que

Las mujeres son siempre mucho mejores o mucho peores que los hombres. *Napoleón.*





se da la feminización o la masculinización fenotípica de las diversas estructuras biológicas constitutivas del ser.

Dado que todo proyecto (embarazo) en las primeras semanas se dirige hacia la formación de un fenotipo femenino (llegue o no a ser reproductivo), es lógico comprender por qué la hormona ovárica es irrelevante para la diferenciación prenatal del sexo, mientras que la presencia de andrógenos, en cantidad que garantice su eficacia, es imprescindible para que las estructuras embriológicas wolffianas se desarrollen hacia la configuración testicular y la masculinización genital. Así como se hace necesaria la presencia de una hormona testicular temporal, secretada durante ese crítico período de bifurcación del proyecto, para que las estructuras mullerianas sean inhibidas y se les impida su transformación en útero, en tubas uterinas (Trompas de Fallopio) y la parte superior de la vagina, feminizando así el soma.

La concepción nativista del sexo encontró en todo esto nuevos argumentos donde apoyarse, comprometiendo al comportamiento con los efectos que el juego hormonal determina en el cerebro. No obstante, los estudios en este campo de conocimiento, apenas iniciados —sobre todo en ratas y otros mamíferos bastante alejados evolutivamente del ser humano—, sólo nos permiten hablar de una diferenciación en cuanto a matices. Es decir, una diferencia en cuanto a umbrales que, de ninguna manera, establecen diferencias extremas. De este modo, un bajo umbral se significa por una más rápida y/o intensa respuesta ante un estímulo de menor magnitud, en comparación con los umbrales altos para los que se necesita mayor estimulación para responder. Diferencias que no sólo se manifiestan de alguna manera entre los sexos, sino también entre individuos del mismo sexo.

El papel diferencial que juegan las hormonas en el desarrollo prenatal del sexo de un individuo, establece una potencialidad de más rápida o más lenta respuesta a un estímulo, sin implicar ventajas decisivas de un sexo sobre el otro ni mucho menos determinar incapacidades prefijadas de comportamiento para uno de los sexos. La sexualidad, en sus manifestaciones concretas, más allá de la genitalidad, sólo se torna rígida en función de códigos normativos de una sociedad, en virtud de características culturales: el mundo de las expectativas que se expresan en función del sexo asignado por la morfología externa. Es decir, el mundo de las actitudes y de los papeles sexuales, que son otra perspectiva del hecho de *ser mujer* y de *ser hombre*.

En este punto, por lo tanto, el discurso debe cambiar de enfoques y de planteamientos, ya no hablar de bioquímicas y

de procesos fisiológicos, sino de tradiciones culturales, ideologías, historia, economía, prejuicios, etc. En una palabra, de lo temporal.

Si el panorama de lo biológico se nos muestra, hoy, plástico y dinámico (v.g. como individuos nos movemos a través del *continuum* sexo a lo largo de la vida), lógico es suponer que los comportamientos humanos, en virtud de sus dependencia de tres tipos de factores —lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural—, se nos presentan más inclasificables y, por ende, no generalizables a todos los miembros de la especie, ni en el tiempo ni en el espacio.

Al principio de este trabajo, sin embargo, se habló de unas cuantas conductas, fisiológicas finalmente, que son exclusivas de individuos que se ubican en uno de los dos extremos del *continuum* sexo: *concebir, gestar, parir y lactar* son, definitivamente, actividades dependientes de características anatomofisiológicas femeninas, mientras que *inseminar* lo es de una biología masculinizada. Sin embargo, a partir de estas realidades, y en función de una conceptualización limitada y restrictiva de la sexualidad (sexo = reproducción), se tergiversa la realidad, asumiendo, por ejemplo, que alimentar, por su relación con la lactancia, es una conducta femenina... ajena a las expectativas creadas para el individuo de sexo masculino.

Como bien señala Evelyne Sullerot, frecuentemente es más fácil modificar, mediante la cultura, a la naturaleza, que modificar actitudes culturales. A través de la actividad cultural se puede modificar aquello que parecía ser inmutable por ser biológico, mientras que las concepciones culturales se fosilizan de acuerdo a un complejo aparato de instituciones sociales: podemos, por ejemplo, substituir la lactancia de los recién nacidos mediante una alimentación vía biberón, pero en el seno de una sociedad patriarcal, machista, resulta más difícil conseguir que sea el padre el que le de la mamila al niño. Un prejuicio que limita, en más de un aspecto, la expresividad comportamental del hombre.

Cuando el cordón umbilical ha sido roto concluye el primer movimiento. Para ser mujer se ha tenido que desarrollar un programa ideado desde el momento en que el óvulo y el espermatozoide se funden creando una nueva unidad: el cigoto. Para ser hombre, como hemos visto, la instrumentación ha tenido que recurrir a constantes cambios de ritmo, ejecutando solos, para adentrarse en terrenos ignotos propuestos por la partitura. Esto determina, finalmente, que la criatura de sexo masculino sea mucho más vulnerable en gran cantidad de aspectos, requiriendo de mayor tiempo para su desarrollo postnatal.



Todo hombre lleva dentro de sí a una bestia salvaje. *Federico el Grande.*



## Segundo movimiento: *Allegro vivace assai*

El segundo movimiento se inicia con el coro que asigna e informa qué casillero *debe* ocupar el nuevo individuo. La sociedad toma la batuta para hacerse cargo de ese cuerpo, poseedor de un cuerpo cromosómico y un sexo gonadal, al que va a imprimírsele su sexo social, estimulándolo para que conforme su sexo psicológico.

Ahora bien, en general podemos afirmar que, tras el nacimiento, el individuo *no* aprende de la sociedad las manifestaciones comportamentales que ofrece su potencialidad innata, sino patrones rígidos y estereotipados de *qué, como, cuándo, dónde, por qué y con quién* manifestarse como ser sexuado.

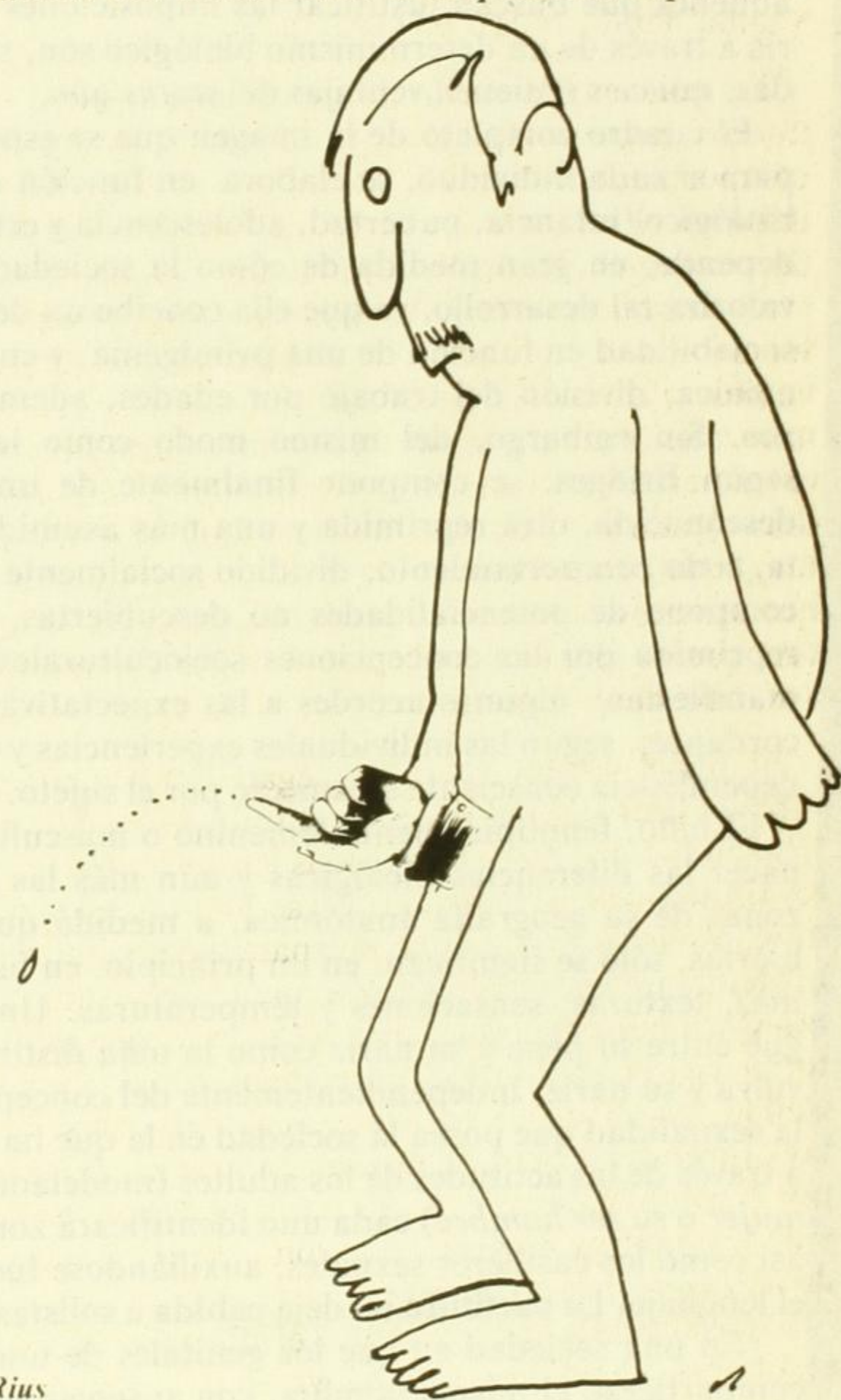
Los papeles que asume como correspondientes al sexo con el que se identifique (identidad de género y sexo psicológico) determinarán, en las distintas edades, un consumo de poder diferencial y escalas valorativas de "superioridad" o "inferioridad" para el cuerpo social. Simultáneamente se significan como cadena que reduce la libertad de acción para con los demás y para con uno mismo: *rasan las posibilidades polimórficas de expresividad comportamental*.

De nuevo en torno a una conceptualización del sexo en dos extremos, ignorando los puntos intermedios del *continuum* biológico y de los *continua* comportamentales, los papeles sexuales se nos muestran como estructuras binarias que enfrentan a dos sectores bio-sociales de una población, significándose, como expresara Cooper, como una manipulación micropolítica de las personas, no sólo en una dirección, sino en todas: ejercida la presión limitante sobre un punto, todo lo demás sufre un empuje proporcional, y así, al tiempo que el individuo de fenotipo masculino se asume como capaz de pelear, pero no de perder, contempla e impone a la mujer su papel de sumisión; convencido de su capacidad de agredir, pero no de llorar, obliga a la mujer a adoptar la abnegación como virtud; sintiéndose capaz de amar a la mujer y a los niños, se prohíbe el amor hacia otros hombres, exigiendo a la mujer la dulzura y la dependencia. Creyéndose predeterminado por la testosterona como sujeto *activo* en el concurso social, atribuye a la mujer, por sus estrógenos, la *pasividad*.

Pero ¿qué razones biológicas reales justifican o explican tales concepciones restrictivas de los sexos? Tanto la acción (principio *activo*) como la no-acción (principio *pasivo*), están asociadas culturalmente a la fuerza física de una musculatura aparente, y en realidad son *relativas a... y condicionadas por...* En última instancia es la cultura la que amplifica o atenúa las manifestaciones fenotípicas, incluido el comportamiento, en función de la plasticidad determinada por la evo-

lución y el genotipo individual. Siendo el ser humano un producto biopsicosociocultural, por más importantes que sean las hormonas, ningún comportamiento se explica sólo por la química de quien lo ejecuta.


Sumada a la bioquímica del comportamiento se impone la presión de las exigencias socioculturales que establecen los papeles: el cumplimiento de las expectativas. Con ellos, el cuerpo social rige políticamente al polarizar y proteger a un tiempo. El desarrollo del concierto se manifiesta en *in crescendo* cuando, a través de asumir el papel "específico de su sexo (lo que la sociedad considera que le corresponde a su morfología) tanto el hombre como la mujer se significan más allá de sí mismos como entes sociales: *aunque me limito —lo que generalmente no se hace consciente— me protejo de posibles adversidades con el manto de la aceptación, la política*



Caricatura de Rius

La mujer es siempre voluble y mudable. *Virgilio.*



 *de la tolerancia.* Más que un acuerdo de individualidades, los papeles se construyen como casilleros antagónicos que determinan relaciones de poder.

Así, en sociedades como la nuestra, de tradición grecolatina y judeocristiana a un tiempo, el *ser hombre* activa (o *debe* activar) un complejo proceso sustentado en la historia de la propia sociedad, pretendidamente heredera de una historia evolutiva que es comprendida desde una perspectiva arbitraria y simplista, tomando *la fuerza física* como argumento biológico fundamental. El *ser mujer* parte de una biología reproductiva en la que se vierten otros atributos, concebidos desde una posición positivista como complementarios, en base al patrón-imagen de la masculinidad social. Sin embargo, no debemos olvidar que, como bien apuntara Zella Luria, aquellos que buscan justificar las imposiciones de una historia a través de un determinismo biológico son, sin lugar a dudas, quienes obtienen ventajas del *status quo*.

El cuadro completo de la imagen que se espera construya para sí cada individuo, se elabora en función del desarrollo biológico (infancia, pubertad, adolescencia y estado adulto) y depende, en gran medida de cómo la sociedad interpreta y valoriza tal desarrollo, ya que ella concibe un desarrollo de la sociabilidad en función de una primigenia, y en gran medida arcaica, división del trabajo por edades, además de por sexos. Sin embargo, del mismo modo como la sexualidad, según Bridges, se compone finalmente de una sexualidad desconocida, otra reprimida y una más asumida y manifiesta, todo comportamiento, dividido socialmente por sexos, se compone de potencialidades no descubiertas, expresividad reprimida por las concepciones socioculturales y conductas manifiestas, algunas acordes a las expectativas y otras discordantes, según las individuales experiencias y el nivel de independencia consciente alcanzado por el sujeto.

El niño, fenotípicamente femenino o masculino, ignora al nacer las diferencias biológicas y aún más las sociales. Las zonas de su geografía anatómica, a medida que son descubiertas, sólo se significan, en un principio, en función de formas, texturas, sensaciones y temperaturas. Un niño distingue entre su pene y su nariz como la niña distingue entre su vulva y su nariz, independientemente del concepto genital de la sexualidad que posea la sociedad en la que ha nacido. Sólo a través de las actitudes de los adultos (modeladoras de su *ser mujer* o su *ser hombre*) cada uno identificará zonas y valores, así como los casilleros sexuales, auxiliándose fuertemente en el lenguaje. La partitura no deja cabida a solistas:


¿En una sociedad en que los genitales de uno y otro sexo compartieran el mismo nombre, con ausencia total de un di-

morfismo sexual semántico, y en la que no rivalizaran, por ende, en una escala axiomática de superioridad-inferioridad, podría haberse concebido una teórica "*envidia del pene*" como característica psicológica femenina? En realidad, una teoría objetiva, en función del tipo de sociedad en que vivimos, debe concebirse una justificada "*envidia de estatus*", más que una envidia de la genitalidad. De hecho, las experiencias perceptivas que puede tener un hombre a través del pene son inenvidiables para una mujer, como las de la vulva lo son para el hombre. Si queremos ser objetivos, insisto, no podemos olvidar que, como señala Evelyne Sullerot, la función es la manifestación, a través del comportamiento, de un estatuto. En una sociedad igualitaria, no valorativa por sexos, sería más factible concebir, sin temor a equivocarnos, una teoría psicológica con base en una posible "*envidia del embarazo*" por parte del hombre, que una "*envidia del pene*", "*complejo de castración genital*", por parte de la mujer.

El niño o la niña, al establecer un puente comunicativo con sus padres a través del lenguaje, reafirma y hace patente su conciencia de la existencia de dos categorías genéricas manejadas por su grupo social, y con una de ellas busca identificarse en virtud de las semejanzas y mediante la imitación y la aceptación de los estereotipos propios de su cultura y de su estrato socioeconómico. La masculinización conceptual del mundo social supera, en gran medida, la masculinización hormonal y cromosómica del cuerpo del niño. Asimismo, la identidad femenina también se estructura en función de la masculinidad de tal concepción de la sociedad y, concretamente, por las expectativas masculinas que se manejan en relación a su cuerpo y sus conductas.

Los casilleros del *deber ser* masculino y del *deber ser* femenino, sin embargo, no son más que arbitrariedades en torno a una realidad dinámica y plástica, que influye en la actividad del individuo desde el nacimiento hasta la muerte, dirigiendo modalidades de conducta, maneras, vocabularios, intereses, preferencias y vestido, según los intereses económicos del sistema sociopolítico. En función de todo ello, el hombre es educado como cazador sexual y *debe* temer al fracaso, mientras que la mujer, educada como objeto, vive en el doble temor a fracasar (por lo que la considerarían frígida) y a tener éxito (que provocaría comentarios, viéndola como prostituta).

Al alcanzar posteriormente la pubertad y entrar en el período social de "la adolescencia", cuando el dimorfismo sexual se acentúa, la sociedad se manifiesta menos tolerante, determinando una serie de exigencias contradictorias, no sólo respecto a los papeles sexuales, sino en relación a todo el

 El hombre es el más cruel enemigo del hombre. *Fichte*.



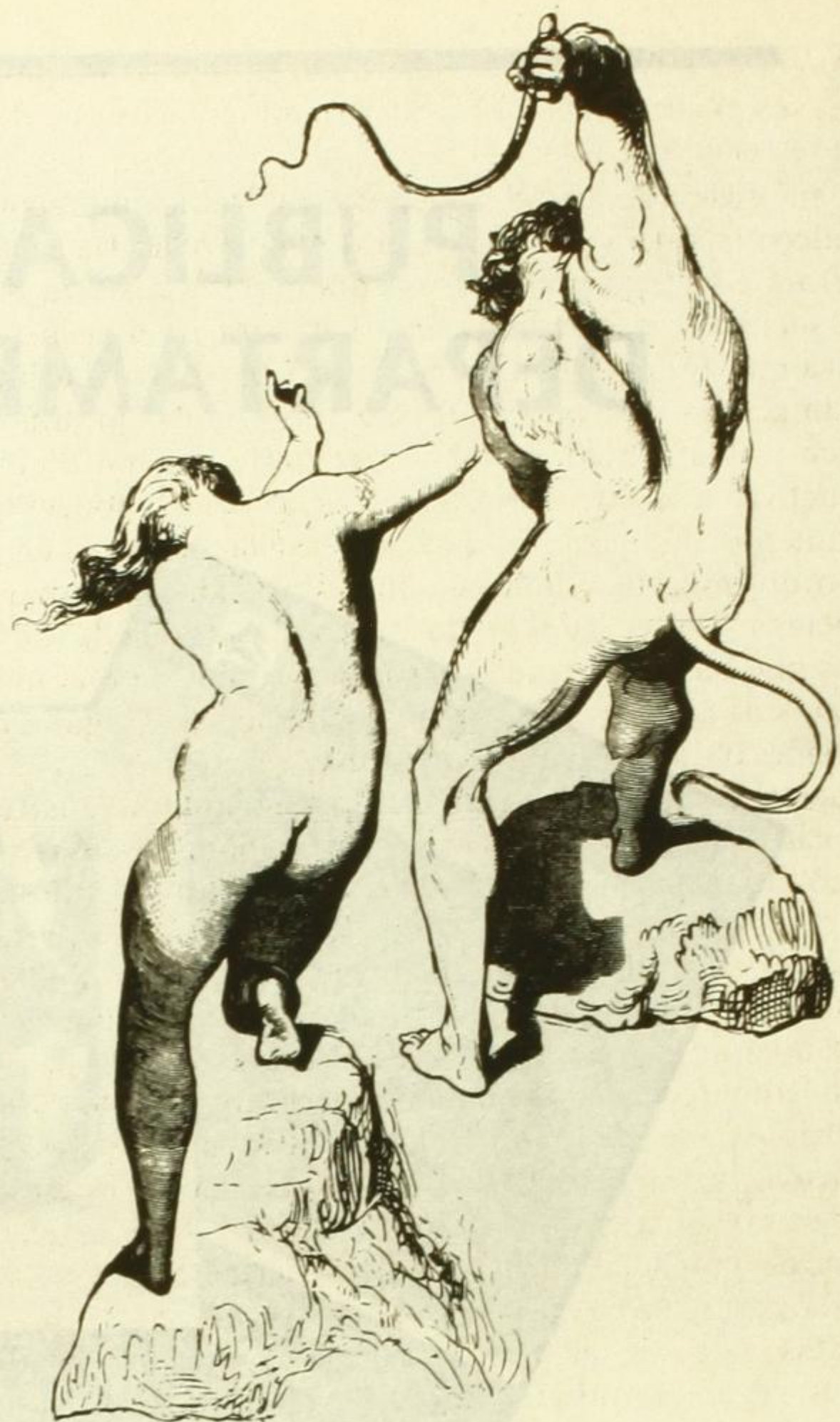
comportamiento: espera la atracción entre los sexos, al tiempo que estimula la camaradería entre individuos del mismo sexo, presiona hacia la relación heterosexual para que posteriormente se cumpla la conducta coital que conduzca a la reproducción y rechaza la homosexualidad como una expresión opcional de la sexualidad; atomiza a la población, por sexos, entregándole una interminable lista de deberes. A través de la familia, la escuela, la iglesia y la educación informal, sesgada, de los *mass media*, la sociedad estimula al sujeto de sexo masculino hacia la conquista donjuanesca, mientras amenaza a la joven si ésta se expresa sexualmente antes del institucional matrimonio. Siendo el himen la más insignificante estructura biológica, para los jóvenes de uno y otro sexo se convierte en el más codiciado valor social: una membrana que subraya la separación social de los sexos y se vuelve valor de cambio. Al romperse, el himen *debe* significarse como la puerta que se abre hacia la complementariedad reproductiva.

Contrariamente a lo que ocurre en el primer movimiento, después del nacimiento es la mujer la que debe tomar un derrotero distinto al proyecto original: de la ideología masculina debe conformar la femineidad esperada. El niño, después de haberse conformado biológicamente a través de un proceso de bifurcaciones por la actividad de genes particulares y de hormonas específicas, apartándose del proyecto de crear una mujer, al nacer debe, socialmente, seguir una ruta bien determinada y en línea recta: verse a sí mismo como la representación viva de los deseos y los logros considerados como deseables por su sociedad:

Durante todo el estado adulto, hombre y mujer se asocian en un combate de incompreensión.

## Finale

El paso definitivo de las formas primates no humanas a la forma *Homo sapiens* refleja una variabilidad temporal y geográfica de los papeles, en un principio sustentados en la supervivencia de la especie y en un proceso de relaciones interindividuales que, al no basarse en el instinto (liberado como es su comportamiento de exigencias predeterminadas por la biología), se solidifican en virtud de un intercambio proteínico para la nutrición: el hombre, como cazador, proporciona a la comunidad las proteínas de origen animal, mientras que la mujer, recolectora y después agricultora, ofrece las proteínas vegetales requeridas para una dieta omnívora característica de la especie. Sin embargo, después del desarrollo cultural, los rígidos papeles no siguen teniendo esta significa-



ción vital de complementariedad para la optimización de la fuerza de trabajo y de las fuentes nutricionales. Sin perder su significación económica para la sociedad, los papeles se adecúan, como política de explotación jerárquica, contradiciendo la optimización al impedir la manifestación expansiva de la potencialidad comportamental de los individuos: reducida, hoy por hoy, a limitadas opciones históricamente determinadas.

### Bibliografía:

Money, J. & P. Tucker  
1978 **Asignaturas sexuales**  
A.T.E. Barcelona.  
Montagu, Ashley  
1969 **Hombre, sexo y sociedad**  
Ed. Guadiana, Madrid.



Sullerot, Evelyne (Ed.)  
1979 **El hecho femenino**  
Argos Vergara, Barcelona.  
Alvarez-Gayou, J.L. y col.  
1979 **Elementos de sexología**  
Ed. Interamericana, México.

El defecto principal del carácter femenino consiste en que no tiene sentido de la justicia. *Schopenhauer.*